

Acerca de un modelo de intervención institucional para el tratamiento de la psicosis

Nicolás Herrera.

Descripción de la Institución

La institución

El Centro Educativo-Terapéutico de la Fundación AVENIR funciona diariamente desde el año 1997 asistiendo a adolescentes y jóvenes en su mayoría diagnosticados como psicóticos a través de un abordaje grupal, sostenido en el tiempo, llevado a cabo por un equipo profesional proveniente de distintos campos de la salud y la educación. Fue creado tomando como referentes ciertos aspectos de instituciones similares que orientan su práctica en el psicoanálisis de orientación lacaniana, entre ellas Le Courtil y Antenne 110 en Bélgica, el Centro de Tratamiento para jóvenes psicóticos "388" en Canadá y la Fundación J. Bonino de la ciudad de Córdoba.

A la institución concurren diariamente y en doble jornada, una veintena de jóvenes admitidos por presentar una serie de manifestaciones clínicas compatibles con diferentes categorías diagnósticas tales como psicosis, alteraciones de la personalidad, trastornos generalizados del desarrollo, trastorno disocial, trastorno bi-polar etc. Allí, un equipo profesional interviene mediante la puesta en marcha de una serie de actividades que, de manera grupal o en algunos casos individualmente, se organizan en torno a las áreas de la música, la plástica, la informática, la cocina, los juegos, la higiene y las salidas a la ciudad.

Semanalmente, y por espacio de dos horas, se realiza la reunión de revisión en la que la totalidad del equipo, intervinientes, psicoanalistas y director, lleva adelante la elaboración clínica de los casos.

Los coordinadores clínicos, miembros fundadores de la institución, son psicoanalistas de la escuela de la orientación lacaniana, y miembros de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Ellos, junto con el director de la institución, conforman el equipo directivo y son los encargados de la coordinación de las reuniones clínicas, las entrevistas de admisión y derivación

de pacientes, el trabajo con padres y la dirección general de la institución.

El equipo de intervinientes está conformado por seis psicólogos, quienes tienen a su cargo la puesta en marcha de las actividades que cotidianamente se organizan en la institución, ya sea las que se constituyen de manera grupal en forma sistemática -como los talleres-, las colectivas de tipo espontáneas -como algunas salidas- y las actividades o emprendimientos individuales con algún joven.

Este equipo es el encargado de sostener con su presencia los vínculos transferenciales en los que se sostiene el abordaje clínico institucional.

Los jóvenes

Residencia, charlatorio, mi casa, la escuela, son algunos de los nombres con los que los jóvenes denominan a la Institución.

Algunas veces con un tinte evidentemente artificial, otras aparece como más consistente, en ocasiones con una crudeza lógica muy llamativa.

El horario de ingreso, aunque se los espera desde temprano, varía significativamente con cada uno. Algunos vienen juntos, en grupo, otros son acompañados por sus padres y llegan solos; tres o cuatro de ellos llegan y se van independientemente.

A ciertos chicos es difícil entender lo que dicen cuando hablan, pero los hay que hablan con una precisión y riqueza singular. Algunos repiten incansablemente las mismas frases, sin demasiado interés en ser escuchados; otros en cambio, insisten en recibir de sus educadores una respuesta que los tranquilice.

Hay voces que no son de palabras, no suenan ni a música ni a lenguaje, a pesar de que los intervinientes en todo momento se empeñan en tomarlas así.

Los cuerpos de todos son profundamente diferentes entre sí. Las formas de ponerlos en movimiento, los tamaños, las posturas, son sumamente variadas. Desde la inmovilidad más perturbadora hasta la imposibilidad de suspender el movimiento, pasando por las habilidades y destrezas más increíbles para realizar un baile, un movimiento de manos, un tamborileo rítmico, todo en una inquietante profusión de oscilaciones de estos detalles.

Quienes leen y escriben, quienes manejan los

aparatos mas complicados, aquellos que mas plásticamente utilizan el lenguaje son los que con mayor frecuencia se vinculan con otros ámbitos sociales, aunque por la misma razón son quienes mas asiduamente se enfrentan a frustraciones y conflictos sumamente abrumadores.

Las asistencia es variada también. Hay quienes asisten con gran regularidad resultando sorprendente el hecho de su ausencia. Otros sorprenden con verdaderas desapariciones esporádicas, en las que no faltan huidas de sus domicilios, internaciones psiquiátricas, o reclusiones casi absolutas dentro de sus casas.

Con respecto a estas ausencias, no es infrecuente que se deban organizar intervenciones en otros ámbitos fuera del horario y espacio de la institución. Las visitas domiciliarias, la concurrencia a los centros de internación, las búsquedas por la ciudad frente a una ausencia prolongada son acciones que se realizan con asiduidad los intervinientes..

Observaciones

El trabajo cotidiano

En este apartado se intentará volcar los datos que surgen de la observación de lo cotidiano de la institución, de la atmósfera que se crea diariamente en el Centro, tanto en el trabajo con los jóvenes como el que se desarrolla en la reunión de revisión semanal.

Una evidencia que surge fácilmente de la observación de este cotidiano institucional es la ausencia de elementos que establezcan diferencias entre los miembros del equipo profesional y los jóvenes asistidos. No se observan mecanismos interaccionales que sugieran la presencia de jerarquías o rangos entre, por ejemplo, los adultos por un lado y los jóvenes por otro, o separaciones tales como terapeuta-paciente o sanos-enfermos.

El uso de los espacios se realiza de una manera sin clasificaciones o categorizaciones: no hay un lugar para profesionales y otro para los jóvenes, se comparte el espacio de las comidas, no hay sala de "educadores".

En el uso y puesta en juego del lenguaje no se evidencian formas de dirigirse a los jóvenes distintas a las utilizadas en otros contextos. Se destaca una notable familiaridad entre los intervinientes y los pacientes asistidos, sin diferencias sustanciales en las formas o el vocabulario en los intercambios.

La modalidades de realización de los talleres se caracterizan fundamentalmente por un funcionamiento regulado por la actividad misma y no por las intenciones pedagógico-didácticas o de transmisión de saber o del manejo técnico.

Esta posición adoptada por el equipo permite el establecimiento de un contexto sumamente útil para el establecimiento de vínculos, para la puesta en juego del lenguaje, para la facilitación de canales de comunicación alternativos, y crea las condiciones para que se produzca un desplazamiento de la cuestión de la finalidad terapéutica de la institución, sin por supuesto, dejarla de lado.

Es posible observar de qué manera los profesionales del equipo van adoptando posiciones distintas, según cada momento y frente a cada uno de los jóvenes de manera particular, acoplándose a las construcciones de cada uno pero sin que ello implique el dejar de lado la función que cada maniobra tiene en el contexto del tratamiento que se lleva a cabo. Es decir, esta continua deriva entre la posición de acompañar y de dejarse acompañar por los jóvenes aparece como la maniobra más sostenida realizada por los intervinientes, y permite que la intención terapéutica, la dirección de las operaciones que se realizan, se encuentre de alguna manera soslayada. Por ejemplo, la organización de las actividades para cierto joven incluyen necesariamente la salida de la institución para la realización de ciertos requerimientos previos a esa actividad exigidos por el joven. En esta operación se desliza la condición que ha impuesto este adolescente para su permanencia en el Centro, velada ahora con la presencia de un interviniente a quien este joven "acompaña" en esta actividad. Existen una serie de características que se observan en la mayoría de las intervenciones que se llevan a cabo y que podríamos vincularlas con los siguientes aspectos:

Por un lado, cada acción que se dirige a los jóvenes conlleva implícitamente la introducción de un elemento tercero, un componente que se interponga entre el interviniente y el joven, e invalide la tensión de la relación dual. En una especie de mutua regulación, los intervinientes hacen circular la presencia y la ausencia de cada uno de ellos cuando se dirigen a los jóvenes casi en todo momento; se quitan valor, minimizan sus dichos, se dirigen a otros para dirigirse a los chicos, introducen la palabra de otros al hacerlo, etc. En otras ocasiones este elemento al que se apela es la actividad misma de un taller, que introduce por su sola puesta en circulación, una forma de regulación; entonces, las tensiones generadas, por ejemplo, entre algunos jóvenes y su educador son dejadas momentáneamente de lado cuando aparece en escena la tarea a realizar,

introducida muchas veces en determinado momento de manera deliberada.

Por otro lado, hay una permanente apelación al humor y a la ironía; se toman en serio las cosas graciosas que suceden, bromean frente a lo insensato de ciertos episodios, actúan con sarcasmo en otros. Esto produce, en primer término, desconcierto y sorpresa en los jóvenes, los fuerza a respuestas nuevas cada vez, los libera de las respuestas habituales o esperadas, y segundo, introduce un clima de distensión y relajación en el cotidiano institucional que resulta sorprendente si se tienen en cuenta las características de comportamiento de algunos jóvenes.

No se observa falta de regulación de las conductas de los jóvenes ni ausencia de límites a las mismas. Por el contrario, las formas que adoptan las exigencias de ordenamientos al devenir cotidiano son muy variadas, pero tienen que ver más con un encuentro con los límites que con la imposición de los mismos. Es infrecuente presenciar reprimendas, retos o sermones, como así también cualquier forma de castigos o sanciones. En cambio, frente a los repetidos episodios de transgresiones, atropellos o desórdenes que se producen diariamente se observa una actitud de contención y limitación de las conductas y de elaboración de estrategias innovadoras para su resolución. Por ejemplo, frente a los reiterados insultos y quejas de un joven hacia otros compañeros, se resuelve evitar las reprimendas o regaños e incrementar la presencia de intervinientes en sus actividades. En otro caso, la negativa a ingresar a la institución de un joven es resuelta con la creación de una actividad fuera del Centro en sus horarios de ingreso. En un tercer ejemplo, la insistencia por tocar lo que no "debe" de un adolescente, se improvisaron una serie de objetos para desplazar aquellos no permitidos hacia otros que le facilitarían un lazo a los otros menos problemático. No se evidencian formas de agrupación de los jóvenes asistidos en relación a criterios tradicionales, tales como edad, sexo, patología, intereses, etc. Los grupos son heterogéneos y variados con respecto a estos criterios, observándose, por el contrario, una deliberada intención de ir en contra de cualquier homogeneización o estandarización de los agrupamientos. No hay grupos de chicos más lentos, o talleres que funcionen con los que más fácilmente se desempeñan en un área.

Esto se enlaza con los objetivos clínicos fundamentales de la institución, ya que, según surge del proyecto institucional, la diversidad en la que se conforman los grupos de jóvenes fuerza a la individuación y particularización de las

intervenciones, con la intención de evitar toda identificación a roles o rendimientos previstos según juicios a priori, y por otro lado, favorece la construcción de recorridos particulares por parte de los jóvenes al liberar el campo de las actividades de planificaciones o proyecciones estancas.

Esto quizás provoca ciertas limitaciones a la hora de ofrecer propuestas de tipo grupal que consigan cautivar el interés de todo el grupo. Es así que las actividades grupales solo surgen como tales luego de un largo proceso espontáneo de organización en torno a dicha tarea por parte de los jóvenes y en función de una planificación flexible y dinámica de dicha actividad.

Se pudo presenciar, por ejemplo, la gestación del denominado Taller de juegos antiguos, a partir de ciertas actividades espontáneas que un interviniente con dos jóvenes realizaron por espacio de varias semanas. Al cabo de un tiempo, dicha tarea fue sistematizada y organizada en función de tal actividad, logrando también que otros jóvenes se sumaran a la propuesta.

A pesar de estas características, hay ciertas actividades grupales que se distinguen por hacer coincidir a la gran mayoría de los jóvenes: ellas son las salidas de paseo o de compras, la música, y las comidas. Es por ello que muchos desempeños se relacionan básicamente con estos aspectos, evidenciándose una verdadera organización de los movimientos del Centro en torno a los mismos.

El transcurrir de un día cualquiera en el Centro hace insoslayable el hecho de una aparente desorganización o despreocupación en cuanto a las actividades, a la utilización de los espacios y los tiempos, y en general al desenvolvimiento cotidiano de lo que acontece en la casa.

Por ejemplo: el horario del desayuno se prolonga hasta entrada la mañana, aún cuando algunas actividades han ya comenzado. Una serie de jóvenes no comparten este espacio de comida con otros, por lo que desayunan en otro ámbito; algunos llegan y se dirigen indefectiblemente a los lugares privados de siempre para realizarlo.

Una vez comenzados los talleres, en todo momento se observa que hay jóvenes que no se integran en las actividades propuestas, o que, aún cuando se integran, su manera de participar en las mismas es sumamente fluctuante e interrumpida: entran y salen de la sala, abandonan sus actividades, se aíslan, rechazan el contacto con otros o deliberadamente buscan un contacto perturbador, etc. El movimiento de alternancias entre afuera y adentro de los talleres, la presencia de maneras sumamente particulares de realizar

distintos rituales o conductas de algunos, junto con una presencia activa de los intervinientes en el acompañamiento de estas expresiones imprimen una gran vertiginosidad al acontecer diario.

La notoria exigencia por parte de algunos jóvenes de requerir la presencia exclusiva de un interviniente que los acompañe en alguna acción (una salida, en el comentario sobre alguna preocupación o la comunicación de una idea persecutoria) hace que se deban reorganizar a cada momento las actividades que se desarrollan para dar respuesta a estos imprevistos, introduciendo esto también mayor inestabilidad y fluctuación en las tareas.

Los momentos de la comida, el desayuno, el almuerzo, las meriendas, así como la higiene, son momentos privilegiados para el establecimiento de contactos con los pacientes; por ello, la importancia que se le otorga a estos espacios es considerable, no solo temporalmente sino por el valor que se le otorga a dichas acciones. Lo que los jóvenes hacen o dejan de hacer en relación a estos aspectos tiene siempre un valor significativo de gran importancia en las construcciones que se intenta apoyar. Así, la voracidad de algunos por los alimentos exige la atención de los intervinientes de una manera similar a la que exige la negativa a ingerirlos de otros. El rechazo a la higiene de cierto joven demanda movimientos tan sutiles para su puesta en cuestión, como lo requiere la pulcritud y el aseo compulsivo en otros.

No son actividades menos importantes las que se realizan afuera de la institución.

En ocasiones, su importancia radica simplemente en el hecho de su extimidad con respecto al espacio físico de la institución.

Las tensiones que se generan diariamente en los intercambios personales hacen que a algunos jóvenes se les imponga la necesidad de distanciarse de los otros, de establecer distancias físicas con el grupo.

El ritual evitativo que le permite a uno de los jóvenes construir una especie de barrera frente a lo intrusivo de las mujeres que ve en la calle se elabora, paradójicamente, a partir de estas salidas que realiza con sus educadores, en las cuales puede ir estableciendo, en una construcción sumamente original, cuáles son las características de las mujeres no-peligrosas, y así lograr cierta serenidad para desplazarse. Para otro, en cambio, la salida de la institución era un recurso imprescindible para poder volver a la misma, para poder permanecer en ella. Así, durante meses, se sostuvo a este sujeto en una inquietante insistencia por llegar, irse, regresar, volver a salir, ad infinitum.

Por último, para otros, las actividades fuera de la institución son verdaderas inclusiones en el mundo laboral, académico o social en general, sostenidas en diferente grado por los intervinientes del equipo. Algunos realizan sus estudios secundarios a distancia, otros realizan cursos de oficios en diferentes organizaciones, algunos otros asisten de manera regular a centros deportivos o de recreación. Para todos, estas realizaciones son emprendidas cuando sus acciones y sus dichos pueden ser puestos en línea con las construcciones que realizan los intervinientes en las reuniones de equipo.

Como lo mencionáramos anteriormente, se observa en el estilo general de los intervinientes, mas que una actitud de acompañar a los chicos, una posición inversa, de dejarse acompañar por ellos.

Esa inversión de la relación implica un lugar distinto del interviniente, una actitud diferente frente a lo que los jóvenes tienen para decir o hacer y sobre todo una perspectiva diferente en cuanto a lo que es posible hacer frente a los fenómenos que frecuentemente exponen los chicos.


Mas allá de estar en coincidencia con lo que se plantea desde la teoría psicoanalítica en el abordaje de la psicosis, esto parece surgir como precipitado de la experiencia cotidiana con los jóvenes, como un resultado espontáneo y quizás como una manera posible de estar con ellos.

Los talleres

Todos los entrevistados mencionan el acompañar a los jóvenes en su trabajo diario de hacer frente a lo que les ocurre en la institución con ellos mismos, con los otros y con los objetos, como la tarea fundamental a la que se abocan.

Son constantes las referencias a un dejarse acompañar, seguir, enganchar, en relación a las frecuentes dificultades para proponer direcciones, orientar recorridos, determinar rumbos, a las que se enfrentan en el encuentro con los chicos.

La búsqueda de aquello que convoque a un hacer que les permita a los jóvenes, una posibilidad de estar con otros, se muestra como la actividad fundamental en la institución. Este encuentro cotidiano puede permitir la consolidación de esa actividad como un taller como así también el que sirva de propuesta de enganche para otros chicos, cuando el sostenimiento en el tiempo de dicha actividad establece su encuadre.



Los objetos o las actividades, como elemento tercero a ubicar entre los jóvenes y los educadores, y que sirven de mediador a esos intercambios, provienen generalmente de los educadores. Son ellos quienes traen, proponen un hacer con algo. Es decir, no hay ni una oferta predeterminada de actividades ni una espera pasiva de lo que los jóvenes traen; esto, de por sí, parece ser insuficiente para poner en marcha una actividad.

Según datos surgidos de las entrevistas, se intenta con las actividades que se proponen, ir en contra de la indiferencia y apatía, -o de la impulsividad y falta de límites en otros casos- a partir de una propuesta determinada y se espera que, a partir de ello, puedan surgir usos o formas de hacer con los distintos objetos aportados que sean singulares.

Estos objetos puestos en escena por los intervinientes tienen que ver con un interés por determinado objeto o actividad que se manifiesta como una inclinación particular para dicha tarea. Ninguno de los intervinientes que coordinan los talleres tiene formación académica acreditada en la materia de la que se trate, aunque sí un recorrido personal que los involucra en ese campo.

Se observa, por ejemplo, que la música con la que se trabaja en los talleres sonoros o la que se escucha espontáneamente dentro de la casa tiene que ver fundamentalmente con una intención clara de algunos intervinientes por incorporarla en las actividades del Centro en general. Son aquellos que mas inclinaciones tienen por la música quienes montan el taller sonoro. Sobre ese entusiasmo que a ellos mismos les produce la actividad, los jóvenes se van apoyando, se pliegan a tales inclinaciones, articulándolas a sus propias representaciones, reapropiándose de ellas.

Es notorio observar cómo algunos adolescentes han ido adquiriendo una serie de elementos musicales por fuera de toda intención pedagógica de sus educadores. Así, jóvenes cuyo lenguaje comunicacional es prácticamente nulo, recitan estrofas completas de los autores favoritos de sus educadores. Otros, logran verdaderas imitaciones de estos, alcanzando a extraer detalles sumamente precisos.

Las técnicas plásticas utilizadas en otro taller reflejan también los intereses personales de los coordinadores, pero las obras realizadas muestran la manera en que esos elementos son reformulados por los jóvenes. El grabado como técnica plástica logra ser adquirido por algunos, pero su puesta en acción revela que sirve a principios profundamente distintos en unos y otros.

Para algunos es un tiempo de juego, para otros una manera de preparación para el trabajo, para otro es la forma de conjurar sus ideas mas persecutorias.

El taller de carpintería se despliega a partir de las habilidades y la afición de un interviniente por la ebanistería; a partir de allí, se logra el acoplamiento a tales actividades de uno de los jóvenes quien lo rebautizará, poco tiempo después, como el laboratorio de inventos, posibilitándole este movimiento una nueva manera de permanecer en la institución. Esto requirió de innumerables cambios y reordenamientos de horarios, espacios y materiales, mostrando de qué manera se entiende a la actividad de un taller como el pretexto para la creación de un espacio de elaboración singular de los jóvenes.

Las planificaciones didácticas que se realizan para algunos pacientes en, por ejemplo, el taller de computación, poseen la suficiente flexibilidad como para permitir que los aprendizajes pasen a segundo plano cuando ese recurso le permite a uno de ellos establecer, mediante un juego, un lazo a otro de una manera pacificada y sostenida.

El taller de cocina tiene su origen en la colaboración que realizaban dos adolescentes y su interviniente a la cocinera en la realización de las compras diarias. Paulatinamente se fueron modificando los objetivos de esa actividad y a su vez incorporando nuevos jóvenes a su realización. En un determinado momento se pudo sistematizar la tarea, encuadrar en un horario, establecer una organización de recursos, materiales, técnicas, y elaborar una serie de objetivos y propósitos, es decir, confeccionar una planificación del taller. Al momento de la investigación, el taller de cocina era coordinado por dos intervinientes, contaba con la presencia de once participantes y tenía una producción regular de su objeto.

Un juego que, según relatan los intervinientes, permitió un inédito contacto corporal con una joven, fue conformándose lentamente como el taller de susto, en el que un grupo de adolescentes lograban sostener una actividad por un tiempo prolongado en un mismo espacio, cuando el interviniente creaba un clima muy particular con efectos sonoros y luminosos y contando historias de terror.

Las dificultades para inhibir el movimiento o para contener los impulsos son tan manifiestas en algunos jóvenes que un recurso que posibilite alcanzar este resultado no es fácilmente asequible. Es por ello que invenciones como estas son permanentemente promovidas por el equipo de la institución.

Las reuniones clínicas

Las reuniones de revisión o clínicas, son el espacio que semanalmente se dispone para que los intervinientes, junto con los psicoanalistas y el director del Centro, planteen las condiciones para que se lleve adelante lo que se denomina la construcción del caso.

Son los intervinientes quienes exponen acerca de los encuentros que han tenido lugar con los jóvenes, haciéndose depositarios de sus detalles mas auténticos y genuinos. En esa puesta en palabras van apareciendo las formas que adopta en cada sujeto su manera de llevar adelante lo que se denomina su tratamiento del Otro. Ese precipitado es el que intenta ser puesto en serie, intenta ser incluido en la estructura lógica de cada caso para confirmar o rectificar una dirección. Es decir que, en base a estos elementos se decide acerca de las maniobras posibles a realizar, se estiman cálculos respecto a las posibilidades de intervención, se hacen apuestas en algunos rumbos a tomar, se verifican los caminos ya recorridos o las maniobras ya puestas en práctica, se constatan los efectos de las indicaciones o intervenciones efectuadas y se establece en general la orientación de las intervenciones que, en todos los casos, están dirigidas a producir la emergencia de efectos subjetivos.

Estas reuniones participan también de un aspecto aparentemente paradójico. A pesar de ser un lugar en donde se construye un saber acerca de los jóvenes, su objetivo fundamental —y los psicoanalistas están allí para promoverlo— es el de separar a los intervinientes de ese saber que se cree haber alcanzado acerca de ellos.

La circulación de información y la coordinación del trabajo, aunque se lleva a cabo en la reunión, no representa el sentido fundamental en ella. Es mas bien, entonces, el lugar en donde los intervinientes hablan acerca de los jóvenes, no para objetivarlos sino para que estos dichos los movilicen y les permitan hacerse efecto de este discurso.

Las expresiones referidas a los jóvenes que realizan los intervinientes en las reuniones van siendo interrogadas, indagadas, examinadas en sus detalles mas precisos en el intercambio que se genera en la reunión entre todos los profesionales, siendo los psicoanalistas los encargados de orientar el desciframiento de la lógica de tales elementos, promoviendo la circulación de la palabra. Lejos de producir diagnósticos conclusivos o explicaciones acabadas sobre cada

caso se precisan los ejes que sirven para demostrar el funcionamiento de ese sujeto en relación a los otros y a los objetos y que posibilitan el quehacer cotidiano.

Así, luego de haber expuesto los aspectos mas relevantes de un determinado episodio con un joven se decide sorprenderlo con salidas en momentos no previstos, y se precisan las hipótesis por las cuales se calcula que eso tendrá determinado efecto; a otro, a partir de los datos que se exponen en la reunión se resuelve ofrecerle una presencia mas intensa y sostenida de sus intervinientes, a cierta joven permitirle un horario de ingreso diferente al del resto, mientras que a otra se le proponen actividades por fuera de la institución.

Se evitan plantear las cuestiones mas administrativas de las decisiones a cerca de los jóvenes, lo cual se realiza en otro espacio, junto al director de la institución, centrándose aquí en los aspectos clínicos del caso.

No hay un orden del día ni un cronograma de temas a tratar. No hay exigencia de hablar con una frecuencia regular de cada caso. Se realizan reuniones en las que se trabaja exclusivamente sobre un solo caso y otras en donde se alcanzan a aportar datos acerca de cinco sujetos.

Durante la reunión un miembro del equipo cualquiera se encarga de tomar notas en un libro de actas en donde quedan asentadas cada una de las apreciaciones que se realicen sobre los casos, discriminando quienes las efectúan y consignando al finalizar las indicaciones o conclusiones que a las que se arriban. Paralelamente se van incorporando a las historias clínicas de cada caso tratado los elementos mas relevantes trabajados.

Es posible establecer que, aún con un dispositivo que promueve la innovación y la sorpresa permanentes frente a la clínica, se observan ciertas regularidades al menos en las formas o el ritmo de las expresiones que se vierten en la reunión.

Al silencio inicial, que puede a veces extenderse inquietantemente en el tiempo, le sigue la toma de palabra por alguno de los intervinientes quien expone determinado episodio, situación o circunstancia acerca de algún joven en la que se ha visto concernido o involucrado. A partir de allí, y luego de exponer los datos que considera necesarios, se van agregando los aportes del resto de los miembros del equipo que de alguna u otra manera también hayan tenido participación.

Las intervenciones de los psicoanalistas se dirigen fundamentalmente a promover esa circulación de

palabra; son breves, dirigidas a precisar algún detalle en particular que puede pasar desapercibido, o a remarcar algún elemento que se repita, a establecer comparaciones o ligazones entre datos ya trabajados del caso, pero fundamentalmente con su silencio, generan el vacío necesario para la emergencia de la palabra.

En ciertos casos, los psicoanalistas realizan una suerte de abrochamiento de los datos trabajados aunque sin conformar un cierre o conclusión. En muchas ocasiones el fin de la reunión se determina deliberadamente cuando los cuestionamientos y dudas están en su punto mas alto.

Se interrogan las operaciones que cada interviniente lleva adelante en su trabajo cotidiano, en una permanente articulación de la práctica con los elementos teóricos aportados por el psicoanálisis, aunque estos no se viertan directamente en este ámbito como elementos de discusión.

Esta separación que se produce en la reunión por la puesta en palabras de los actos que se suceden en el trabajo cotidiano con los jóvenes produce un efecto que los intervinientes, humorísticamente, han dado en llamar “efectos mágicos” de las reuniones, y que consiste en cambios o modificaciones en las conductas de los chicos que se producen a consecuencia del simple hecho de haberlos trabajado en las reuniones, previo a toda posibilidad de haber sido “transmitidos” a ellos.

Este tipo de fenómenos dan cuenta del trabajo de interpelación del Otro que encarnan los intervinientes que se realiza en esta reunión, de cómo la orientación del trabajo se dirige al partenaire de los jóvenes introduciendo una separación que está a favor de la limitación de este Otro.

Tanto los intervinientes como los psicoanalistas están allí a la espera de lo que pueda advenir, dejándose sorprender por la clínica misma.

La cualidad principal de esta reunión es la de promover, en ese espacio, un vaciamiento permanente de saber, del saber que se obtiene en el encuentro con los jóvenes. Cuando los intervinientes exponen en la reunión las maneras en que se producen los encuentros, toman la palabra, y es allí cuando eso que transmiten puede reducirse a lo mas singular de ese sujeto, en ese discurso van apareciendo los fragmentos que permiten orientarse respecto de ese joven en particular, a sus posibilidades de enlazarse, de representarse, de nombrarse, de realizar una construcción sintomática.

Conclusiones

Si desde la teoría psicoanalítica partimos de la afirmación que refiere que el sujeto psicótico se encuentra al trabajo de su psicosis intentando introducir una negativización, de inscribir una falta, la cuestión se plantea en torno a la intervención que permita que este trabajo de rearticulación simbólica que realiza no se vea obstaculizado.

Los objetivos del presente estudio fueron los de caracterizar las intervenciones clínicas que realizaban los profesionales de la institución seleccionada y posteriormente analizar los posibles efectos de estabilización sintomática en los adolescentes asistidos.

Fue necesario para ello plantear dos ejes principales en el trabajo

Por un lado, una indagación de las referencias teóricas vinculadas a la psicosis y su abordaje institucional, básicamente los desarrollos en este sentido del psicoanálisis de orientación lacaniana. Por otro, la descripción de la modalidad de trabajo de una institución particular que orienta su accionar en los conceptos fundamentales del psicoanálisis, descripción alcanzada mediante la observación de la práctica, de las entrevistas a un grupo de sus profesionales y del análisis de algunas intervenciones realizadas con sujetos allí asistidos.

La formalización de la clínica de la psicosis desde la perspectiva lacaniana del psicoanálisis ha permitido el establecimiento de ciertas condiciones para el abordaje institucional en aquellos casos en que los signos o manifestaciones de la misma imposibilitan la utilización del dispositivo tradicional del psicoanálisis.

Pensar la psicosis a partir del estatuto del sujeto como efecto del lenguaje implica concebir que la falta no advenida allí impide al sujeto psicótico establecer el intervalo entre los significantes y por lo tanto ingresar en un discurso, en un lazo social. El Otro, al no haber ingresado al circuito simbólico, al no haber sido subjetivado, tiene una pura consistencia; se presenta como completo, desreglado, sin límites. Por lo tanto, en el trabajo con estos sujetos de lo que se trata es de llevar adelante lo que se denomina un tratamiento del Otro, ubicándose en una posición de regulación y limitación en la encarnación de ese Otro, de destitución de saber y de disolución de los fenómenos transferenciales que se generan a partir del mismo. Esto es efectivizado con la puesta en marcha de un dispositivo institucional que se orienta a establecer un funcionamiento que

permite introducir un marco en el que el sujeto pueda localizarse. Al mismo tiempo, la modalidad de funcionamiento de los miembros del equipo, organizada de una manera particular denominada práctica entre varios, posibilita que su presencia regulada no genere en el sujeto psicótico los efectos persecutorios o erotomaniacos a los que su certeza en relación a las intenciones del Otro lo fuerza. A partir de allí se despliegan las posibilidades de intervención que se orientan fundamentalmente a una oferta de asociación al sujeto psicótico en el trabajo que despliega para tratar a su Otro.

La descripción de la práctica de una institución en particular, permitió establecer, en ciertos aspectos, una manera de efectivización de tales coordenadas de trabajo.

Se pudo observar que, en primer lugar, el dispositivo institucional tiene como propósito primero crear una atmósfera que posibilite a estos sujetos una forma posible de estar con otros, allí cuando las instituciones sociales básicas están, muchas veces, rechazadas. Una característica común en casi todos los jóvenes asistidos y que surge de los datos de las historias clínicas, es la de haber tenido un recorrido sumamente irregular por distintas instituciones, fundamentalmente educativas, las cuales se han mostrado tarde o temprano inadecuadas para sostener a estos jóvenes en su vínculo a los otros. En aquellos de mayor edad, es la familia misma la que comienza a zozobrar frente a la insistencia sintomática, cuestión que se plantea con una urgencia considerable en un nutrido grupo de jóvenes en la institución.

En segundo lugar, se determinó que la función de este dispositivo es la de promover la puesta en cadena de las manipulaciones que realiza el sujeto psicótico con su cuerpo y con los objetos con el objetivo de elevarlas a la dignidad del significante, es decir, priorizar las condiciones de funcionamiento de cada sujeto respecto de su modo particular y único de arreglárselas con la condición humana, de ubicarse respecto del lenguaje y del Otro.

Son estas manipulaciones las que se evidencian con claridad en los tres casos analizados en profundidad, en donde es posible apreciar de qué manera la institución toda se orienta a privilegiar tales construcciones del sujeto, acoplándose a las mismas.

Por otro lado, expresiones recurrentes de las entrevistas indican esta posición invertida de los intervinientes, de espera atenta la denominan, orientada a destituir (en cuanto al saber, al deseo y a la demanda) el partenaire del sujeto que ellos encarnan.

En tercer lugar, se ha expuesto que, una vez garantizadas las condiciones de acogida y la puesta en sintonía del dispositivo institucional con el trabajo de elaboración ya iniciado por el sujeto psicótico, y cuando se establecen las coordenadas estructurales del caso, comienzan a producirse los efectos de sistematización de tales elaboraciones, a través del sostén de esas construcciones por parte de los intervinientes y consecuentemente, los efectos de pacificación y tranquilización de la relación del sujeto con el mundo.

Se ha expuesto cómo, en los casos analizados, aunque de manera siempre inestable y frágil, las construcciones que logran ser realizadas por los sujetos los sostienen en un cierto tipo de lazo social más móvil.

La forma que toma en esta institución la operación a realizar con los sujetos psicóticos allí acogidos ha sido denominada por sus practicantes como intervenciones, designando con ello a toda acción que tiene como objetivo provocar al sujeto a trabajar en una elaboración significativa. Ahora bien, la intervención no es la acción exclusiva de los intervinientes; se ha mostrado cómo el dispositivo mismo es considerado una intervención en el sentido de que la manera de desplegar las actividades, la organización del tiempo y los espacios, la regulación de los recursos, la disposición de los profesionales, entre otros aspectos, están calculados según coordenadas que se relacionan con la estructura en juego en la psicosis.

Los disparadores que se utilizaron en las entrevistas para indagar acerca de las formas en que se entendían las acciones en la institución estuvieron teñidos de cierto carácter reduccionista en el sentido de que pretendían establecer diferencias o categorías a priori de un aspecto sumamente complejo de la praxis analizada. El hecho de procurar diferenciar acciones o intervenciones generales, -como el dispositivo mismo- y otras particulares -como las dirigidas a un sujeto en particular- planteaba el conflicto de si se trataba de un mismo objeto o de entidades diferentes. Lo mismo se evidenciaba en relación a las intervenciones calculadas y las imprevistas, las que producen un efecto evaluable y las que no tienen consecuencias precisables, o entre las que pretenden producir un cambio a nivel de los aprendizajes y las orientadas a producir construcciones de carácter subjetivo.

A pesar de ello, es esclarecedor lo extraído de las entrevistas con respecto a los tres propósitos básicos que se pretende con las intervenciones, precisando que, no se trata ni de interpretaciones ni puramente acontecimientos sino que son acciones que apuntan a la emergencia de la

dimensión subjetiva, sin cerrar con un sentido las acciones de los sujetos.

El discurso del analista se dirige a generar un vacío, un no-todo en la institución, que permita la producción significativa del sujeto psicótico en función de su propia lógica, exigiendo que la institución se ubique del lado del sujeto en esta construcción.

Ir en contra de los Ideales, de curar, de rehabilitar, de búsqueda de armonía, de integración, etc. es hacia donde dirigen sus esfuerzos quienes se encargan de vehiculizar el discurso del analista.

La tendencia a responder desde una posición que se pretende pertinente, adecuada, conveniente para el sujeto, mas allá de lo que él mismo ha podido construir, es lo que se intenta vaciar, cuestionar, a través del discurso analítico.

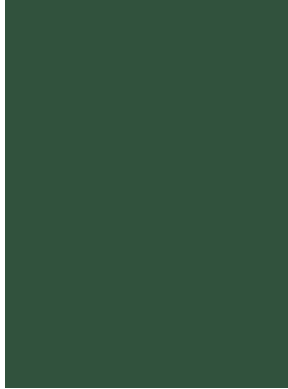
Ahora bien, es suficiente ofrecerse como Otro desprovisto de dominio, de saber, para acompañar al sujeto psicótico en su búsqueda de una identidad soportable en el vínculo social?

No, no se trata de ubicarse en un lugar de mero testigo pasivo de la construcción delirante. Se trata del desafío de construcción de un espacio donde su testimonio encuentre cabida, donde se tenga en cuenta la lógica de lo que despliega y las vías por donde puede transcurrir como sujeto.

Como ha sido expuesto en este trabajo, la construcción de ese espacio para algunas manifestaciones de la psicosis debe necesariamente pasar por un ámbito institucional, por un colectivo que pueda dar acogida a tales manifestaciones, que pueda resguardar a algunos sujetos en determinados momentos de su vida, de estas manifestaciones.

Pero siendo consecuentes con la ética del psicoanálisis que orientaría en la institución a desalojar al sujeto psicótico de la posición en la que le fija el delirio, la apuesta de la institución es la de causar, promover con su intervención que el psicótico se ponga al trabajo de la psicosis, que el sujeto se disponga a dar cuenta, con sus producciones, de los fenómenos que le conciernen. Es decir, con el psicótico, el interviniente no está en posición de terapeuta, cuestión que queda muy esclarecida en el análisis de las entrevistas a los profesionales, sino que está allí para comprometer al sujeto psicótico en lo que se podría llamar, como lo denomina un autor citado, su autoterapia.

Ese partenaire, que en esta institución está básicamente pluralizado, es el que permite al psicótico hacerse de una herramienta para la construcción que lleva adelante, para la



construcción de ese ordenamiento en el Otro y su particular manera de sostener su existencia de sujeto.

Se trata, como dice Stevens, de situar el trabajo “en la perspectiva de una suplencia frente a la falta de la psicosis” y que permita introducir un trabajo preliminar a la cura psicoanalítica, un trabajo que tenga como horizonte dicha cura.